REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 5 DE MARZO DE 1923 | No. 25

Motivo para un Congreso hispano-americano

Madrid, 9 de enero de 1923.

Señor director de «El Sol».

Me atrevo a solicitar la hospitalidad de las generosas columnas de su diario para hablar de un asunto apremiante, en cuyo estudio deben estar interesadas, no sólo España y la América española, sino toda la humanidad civilizada. Sé que España y algunas de las Repúblicas americanas de origen español desearían tropezar con un problema de interés general que sirviera de fundamento a la convocación de un Congreso hispano americano. Creo que la ocasión se presenta en estos momentos aciagos para la vida civil y económica de Europa.

Las naciones que hicieron y las que aceptaron la guerra dieron muestras, durante cuatro años y tres meses, de sus grandiosas capacidades en el arte de destruir y de sus inmensos recursos para obrar el mal. En cuatro años y un mes han convencido al mundo de la limitación de sus talentos en la tarea de reconstruir lo deshecho y de aplicar el bálsamo apaciguador a los enconos suscitados por la guerra. Hispano-américa y España contribuyeron a alimentar el incendio suministrando elementos de primera necesidad a los beligerantes. Es una responsabilidad que no debemos rehuir, y que pagaremos en las páginas de la Historia. Algunas naciones americanas entraron nominal o efectivamente en la guerra. Si todas ellas y España hubiesen obrado de acuerdo con ánimo de precipitar el advenimiento de la paz, Europa no se dolería en este momento de todos los males que la afligen. Los documentos ya publicados autorizan para creer que hubo momentos en que ambos grupos beligerantes habrían aceptado la intervención amistosa de la opinión neutral, debidamente representada.

El fracaso lamentable de la Conferencia de París no ha sorprendido más que a la Prensa deseosa de sentir asombro. Desde 1919 una resaca de intereses antagónicos lame las playas de las aspiraciones pacifistas entre los socios de la Entente. La redistribución de Africa, el petróleo de Persia y del Irak, los Dardanelos, la proporción en la partija de las reparaciones, la forma en que haya de hacerse la condonación mutua de las deudas de guerra, el uso que uno de los aliados ha hecho de los fondos depositados en oro para garantía del pago de empréstitos, la actitud de cada potencia en frente al problema ruso, tales son, señor director, las causas de disentimiento entre los aliados. No las menciono todas. Hay veces en que aun los mismos periodistas debemos ser discretos.

Más de veinte Conferencias se han celebrado para resolver los problemas creados por el advenimiento de la paz. La inanidad del resultado, en la mayor parte de los casos, bien sabemos a qué atribuirla: al conflicto de apetitos entre las naciones representadas en esas Conferencias y al influjo de los intereses de partido en la solución de cuestiones característicamente universales. Los asuntos que allí se debaten no afectan solamente a la vida y al porvenir de las naciones aliadas. Tienen alcance mundial. Si es cierto que en la vida del hombre no hay acciones aisladas, en el punto a que han llegado las relaciones entre los pueblos viene siendo innegable que tampoco hay hechos aislados de carácter nacional. Sin embargo, de algún tiempo a esta parte, y sistemáticamente, se ha hecho caso omiso de estos puntos internacionales de muchos países cuyos intereses están ligados a la solución de las cuestiones pendientes entre los aliados y sus antiguos adversarios.

Están en su derecho los que persisten en esta omisión. La América española, y las otras naciones cuyos intereses se sientan afectados por el hecho de estar continuamente ausentes de aquellas deliberaciones, pueden, sin ofensa de nadie, reunirse también a deliberar acerca de su situación.

El fracaso de la Conferencia de París no parece que hubiera de ser necesariamente una ruptura de la Entente; pero si la Prensa de los países que forman ese acuerdo internacional es la expresión de la opinión pública, hay razones para temer que el rompimiento sea probable, y acaso necesario. El *Times* del sábado pregunta en su primer artículo de fondo: «¿Qué sigue ahora?», y su propia contestación no está destinada a tranquilizarnos.

En esta situación, no habría daño en que España y las Repúblicas americanas se reuniesen a deliberar. No es cordura, con la experiencia y el remordimiento tan recientes, esperar a que la gran desgracia, la enorme catástrofe, nos encuentre de nuevo desprevenidos. Otras naciones han dado ya el ejemplo en coyuntura menos inquietante. Ahí está el caso de la Pequeña Entente. Además, ha llegado la ocasión de sondear el alma de la raza. ¿Arrancan del fondo del alma colectiva de esos pueblos los decantados sentimientos de solidaridad? ¿Existe, en verdad, un anhelo de acercamiento? El Congreso vendría a sellar estas aspiraciones con la sanción del hecho.

No he de decir a quién le toca la iniciativa en esta obra de aproximación. Si usted acoge esta carta, señor director, las capacidades diplomáticas, a quienes «El Sol» les sirve de palestra, decidirán este punto con mejor acuerdo que su atento s. s., q. e. s. m.,

B. SANÍN CANO.

(*El Sol*, Madrid).

La Doctrina de Drago y el Ruhr

EL COBRO COERCITIVO DE DEUDAS.

Cada día que transcurre parece reafirmarse la oportunidad de la propuesta del escritor colombiano Sanín Cano, demandando que en estas horas angustiosas se aproximen los países de habla española, al objeto de reunirse en un Congreso y trazar normas de acción internacional defensiva, constructiva y justiciera al propio tiempo. Otro publicista, Luis Araquistain, recuerda la tan debatida doctrina de Drago, ofreciéndola como norma de conducta, ahora que Francia se obstina en cobrar compulsivamente lo que el Reich le adeuda (1). La tesis recomendada, como debida a la iniciativa de un malogrado escritor argentino, ¿podía ser consagrada en ese proyectado Congreso hispano-americano? Ya que la propuesta de Sanín Cano es reducida por otros escritores a normas concretas, no estará de más apreciar la viabilidad y la oportunidad de esas iniciativas, tendentes a la formación de una depurada acción internacional que contraste con la estrechez ideal de esta Europa impotente.

Los Estados Unidos, como Araquistain recuerda, han condenado con frases duras la conducta de Francia; si esta afimación es incuestionable, ya no lo es tanto que en la actitud de los Estados Unidos haya influido ni poco ni mucho el recuerdo de la teoría de Luis María Drago, que estimamos perfectamente inaplicable al caso del Ruhr, por razones que interesa conocer ahora que pedimos la formación de una nueva constelación internacional, nutrida con ideas renovadoras.

(1) En el número próximo publicaremos el artículo de Araquistain a que antes se alude.

La nota del entonces ministro argentino de Relaciones Exteriores—29 diciembre de 1902—aludía al cobro coercitivo de deudas públicas realizado por un Estado cuyos ciudadanos las hubiesen suscripto. No es éste el caso de Francia, que ni reclama el pago de una deuda contraída mediante la emisión de un empréstito ni obra en defensa de un grupo de sus nacionales. Esto aparte, a Drago, más que el cobro coercitivo de las deudas, le inquietaban las consecuencias de esas acciones compulsivas, por ver en esas intervenciones europeas un pretexto para realizar ocupaciones provisionales en territorios de América que pudiesen transformarse en definitivas. El ilustre internacionalista argentino pensaba, tal vez, en que la ocupación de Egipto por Inglaterra, proclamada en sus orígenes como temporal, duraba, sin que nada anunciase su fin. Dicho en otros términos, lo que Drago quería evitar a toda costa era un intento disimulado de colonización en América, a pretexto de cobrar coercitivamente deudas públicas. Todo parece indicar que no es ése el caso de Francia en el Ruhr, que reclama el cumplimiento de un Tratado, aun siendo éste como el de Versalles.

Prueba de que esa preocupación colonizadora se adueñó por aquel entonces del espíritu de los hombres públicos americanos son las palabras que figuran en el Mensaje del presidente Roosevelt, 3 diciembre de 1901: «Nosotros no garantizamos la impunidad de ningún Estado si se conduce mal, con tal que la sanción que se le imponga no se traduzca en una adquisición territorial en América realizada por una potencia no americana».

Se explica que los Estados Unidos, por boca de su secretario de Relaciones Exteriores, Mr. Hay—nota de 29 de diciembre de 1902—, ni asintiesen ni disintiesen de la tesis de Drago, que, aceptada, no tan sólo preservaría a América de toda posible y disimulada acción colonizadora europea en las Repúblicas más o menos insolventes, sino—y esto implicaba mayor transcendencia—que maniataría a los Estados Unidos en su política de expansión imperialista. Más tarde, el presidente Roosevelt—discurso pronunciado en Chicago el 2 de abril de 1903—declaraba: «que los Estados Unidos no permitirían a las potencias europeas el ampararse del territorio de las Repúblicas americanas ni tolerarían que ejerciesen sobre ellas un control, de cualquier clase que fuese». Esta declaración no contradice la tendencia inhibitoria de los Estados Unidos, a los cuales interesaba poseer absoluta libertad de movimientos, muy aprovechable para los fines de su política anexionista. Prueba de que esa tendencia constituía una preocupación continua es la Convención de La Haya de 18 de octubre de 1907, relativa a la limitación del empleo de la fuerza en el cobro coercitivo de deudas contractuales, Convención que se debió a la iniciativa del delegado yanqui, Mr. Porter. Se habla de la «limitación» del empleo de la fuerza, y no de la «supresión» del empleo de la fuerza, y a mayor abundamiento, en el texto de la Convención se lee: «Excepcionalmente, el recurso a la fuerza puede tener lugar si un Estado no acepta o deja sin respuesta una proposición de arbitraje».

Actualmente, por tanto, los Estados Unidos pueden alegar lo que les parezca oportuno como justificante de su mal humor con relación a Francia; pero en modo alguno aducir la tesis laudable y anti-imperialista de Luis María Drago.

Ahora, que el lector de «La Libertad» relacione lo expuesto con la iniciativa de Sanín Cano y deduzca con nosotros relativamente a la viabilidad de la iniciativa que hizo pública el inteligente escritor colombiano. Habla este competente internacionalista de un Congreso hispano-americano; de ello parece deducirse que los Estados Unidos no tendrían intervención en esa proyectada Asamblea; si así es, ¿puede pensarse en la eficacia de una acción americana en la cual no participen los Estados Unidos? No creemos tampoco que el problema tuviese solución incluyendo a Norte América en ese planeado Congreso, al cual no podía concurrir sin purificarse previamente de su política sojuzgadora de Centro América. A esta deducción queríamos llegar, no por incurable pesimismo, sino pensando en que una política internacional renovadora sólo puede realizarse a base de posibilidades inmediatas, y no apreciamos, por ahora, de qué modo puede procederse a la formación de una acción ibero-americana ni con los Estados Unidos, esclavizadores de Repúblicas americanas, ni contra los Estados Unidos, que representan la mayor fuerza y la más grande eficacia en el Mundo Nuevo. Y ante esa disyuntiva, que desearíamos ver desvirtuada por una pluma más autorizada que la nuestra, pensamos, como solución posible, no en la acción oficial de Estados, sino en la cooperación de fuerzas que dentro de esos Estados defiendan, sin decaer, una política comprensiva, humana, que repugna la violencia internacional y propende a las soluciones armónicas y a la unión dentro de la diversidad.

Descartada esa hipótesis o llevadas las cosas por otro camino, no adivinamos a qué desenlace eficiente puede conducirnos la reunión de un Congreso hispano-americano, como no sea a un éxito tan académico como ineficaz. Y si no es posible el demandar la aplicación de la doctrina de Drago a un Continente Nuevo, donde las rivalidades no son de vieja raigambre, imagine el lector de «La Libertad» lo distantes que estamos de esa posible aplicación tratándose de dos países tradicionalmente hostiles, que se obstaculizan en un Continente disperso y cada día más caótico. ¿Quiere esto decir que, ante lo reputado como irremediable, debemos resignarnos dejando que los acaecimientos nos conduzcan? En modo alguno. Resta todavía bastante por decir, y ya que ahora se quiere enfrontar de un modo decidido el problema de América, hemos de hablar en fecha próxima de la cuestión con nuestra habitual franqueza.

CAMILO BARCIA.

(*La Libertad*. Madrid).

El Congreso Hispano-americano

Madrid, 19 de enero de 1923.

Sr. D. Félix Lorenzo, director de «El Sol».

Mi distinguido amigo: En la carta publicada por usted en su edición del día 11 de enero, acerca de la oportunidad y conveniencia de provocar la reunión de un Congreso hispano-americano, omití, deliberadamente, toda mención de Estados Unidos.

Haciendo el Sr. D. Camilo Barcia, en *La Libertad* de ayer, comentarios muy dignos de ser tenidos en cuenta al margen de aquella carta, toca el punto de la participación yanqui con estas palabras: «de ello parece deducirse que los Estados Unidos no tendrían intervención en esa proyectada asamblea; si así es, ¿puede pensarse en la eficacia de una acción americana en la cual no participen los Estados Unidos? No creemos tampoco que el problema tuviese solución incluyendo a Norte América en ese planeado Congreso, al cual no podía concurrir sin purificarse previamente de su política sojuzgadora de Centro América».

Omití hablar de los Estados Unidos en aquella carta, no por falta de contacto con las realidades inmediatas, sino por un sentimiento de respeto a la gran República americana, cuyos gobernantes, cuya Prensa, cuyos oradores más vehementes y fecundos han repetido hasta la saciedad, y no siempre en forma de excesiva benevolencia, que ellos rehusan inmiscuirse en asuntos internacionales de significación europea. Un Congreso de que formara parte la nación española tendría necesariamente importancia del punto de vista de la política universal. Puesto que los Estados Unidos han hecho esa declaración, no estaba en las atribuciones de un mero periodista invitarles a que la reconsideraran, cuando ha desoído a sus antiguos asociados, a Alemania y Rusia, en momentos de grande ansiedad. De otro lado, Congresos hispano-americanos en que los Estados Unidos hayan tomado parte son tan frecuentes como los eclipses totales de sol y tan faltos de influjo sobre la política mundial, sobre el reinado de la justicia en las relaciones internacionales, como el paso d

la luna entre la tierra y el centro del sistema planetario. A una invitación de las naciones hispano-americanas para el Congreso de que se trata, el Gobierno de Washington contestaría diciendo que era improcedente, pues las naciones hispano-americanas iban a deliberar en Santiago de Chile, con asistencia de los Estados Unidos, en el curso de este año.

En el Congreso hispano-americano, cuya reunión se desea, los Estados Unidos no podrán tomar parte mientras predomine en el espíritu de su Gobierno la idea de permanecer extraños a la política europea. Acaso los Estados Unidos pueden darse el lujo de sostener esa actitud. Los Estados hispano-americanos no podemos llegar a tanto. Somos herederos directos de la cultura europea y nos ufanamos de continuarla, influyéndole parte de nuestra sensibilidad, y aumentándola, en cuanto sea posible y modestamente, con átomos de nuestra alma. Económicamente, y hoy por hoy, los lazos entre la América española y Europa son numerosos y estrechísimos. Hispano-américa no ha llegado todavía a la etapa industrial de su evolución; es una comarca agrícola, minera, pecuaria, según los climas y latitudes. Europa ha de suministrarle los artefactos de la industria y ha de ser el mercado para los productos de su agricultura. No puede Hispano-américa desvincularse de Europa ni en cosas del espíritu, ni, hoy por hoy, en materias económicas. Sólo en el caso de que los países europeos insistan en la temeridad de bastarse a sí mismos en la producción agrícola, nos veremos obligados en Hispano-américa a forzar el paso de nuestra evolución industrial; por ahora, la interdependencia es una realidad inmediata.

Los Estados Unidos han asumido una actitud de superioridad en el continente americano. Esa arrogancia lastima el sentimiento de las naciones vecinas. Hay siempre de nación a nación dificultades más o menos irreductibles para un completo entendimiento. Analizando el espíritu del extranjero tropieza uno al fin con un precipitado que se resiste a todos los reactivos de la inteligencia. Sólo con un trabajo constante de interpretación mutua puede, al fin, obtenerse la separación de los componentes del precipitado. Los Estados Unidos se niegan a hacer ese trabajo. Nos lo han dejado a nosotros, y al paso que los hispano-americanos conocen cada día mejor a los Estados Unidos, en provecho de... Hispano-américa, los Estados Unidos, según lo muestran sus relaciones con México, Santo Domingo, Cuba, Panamá, Nicaragua, etc., etc., se obstinan en desconocer la psicología de los pueblos que ocupan el resto del continente y las islas que caen hacia el Sur.

La opinión del Sr. Barcia acerca de la imposibilidad de una acción americana sin el concurso de los Estados Unidos, está muy arraigada en Europa. Proviene, en mi sentir, de los tiempos en que todos los estadistas, deseosos de darse importancia, hacían ostentación, lo mismo en Berlín que en Roma, así en Londres como en Viena, de la superioridad de la fuerza sobre el derecho. Los Estados Unidos eran el país más fuerte de América, y las consecuencias brotaban, naturalmente de esa clara premisa. Han cambiado las apariencias. El Derecho es cosa menos vaga y un tanto más temible que antes de 1914. Al sur de Estados Unidos, crecen en población, en vigor político, en conocimiento de sus deberes internacionales, diez y ocho naciones independientes. Algunas de ellas han realizado, en el curso de un siglo, obra política más perfecta que los Estados Unidos; ninguna tiene problemas de la magnitud del problema racial que amenaza las libertades del pueblo yanqui; la población crece en el Sur con más rapidez que en el Norte; el esfuerzo material de los países ibero-americanos para contribuir al mejoramiento de la vida en Europa es tan intenso como el de los Estados Unidos, y menos interesado acaso. Durante la guerra, muchas Repúblicas americanas hicieron política distinta de la de Washington. Como americano del Sur me atrevo a esperar que la inteligencia perspicua y generosa del señor Barcia aceptará que se tengan sobre este punto opiniones diversas de la suya, que, en justicia, debo confesarlo, es la más difundida.

Por último, hay un elemento de política interior que haría inoficiosa la concurrencia de los Estados Unidos a un Congreso ibero-americano. En los últimos años, la historia internacional de los Estados Unidos ha estado inadecuadamente influida por la política de partido en sus más estrechas manifestaciones. Desde el peligro de guerra, en 1896, con la Gran Bretaña acerca de la disputa de límites de este Imperio con Venezuela, hasta la ignominiosa derrota de la política del Presidente Wilson y de sus sinceros anhelos de fraternidad universal, la política exterior americana se inspiró siempre en las necesidades inmediatas, y a veces muy pequeñas, de un partido político. Tanto en Europa como en la América sajona del Norte, se habla con cierto despego de la vida política de los países ibero-americanos. Es el caso de empezar a rectificar esos conceptos. Del punto de vista de las libertades públicas hay muchos países ibero-americanos más avanzados que los Estados Unidos. Aquellas Repúblicas trataron en sus comienzos de imitar servilmente las instituciones de la hermana mayor. Las más desventuradas han sido aquellas que siguieron más de cerca el modelo. Las más avanzadas en su régimen político son precisamente las que, habiéndose encontrado a sí mismas, han empezado a vivir sus vidas de acuerdo con sus orígenes, su ambiente y sus aspiraciones.

Si los Estados Unidos aceptan la existencia de esta diversidad, y si desean inmiscuirse en la política europea, cualquiera que sea el partido que esté usufructuando los despojos de la batalla electoral en la Casa Blanca, no veo que haya inconveniente para que formen parte de un Congreso hispano-americano. Si entendí bien al profesor Shepherd en sus conferencias del Ateneo, a principio de este año, los Estados Unidos son, en su concepto, una nación hispano-americana. Es hispano-americano el Sr. Shepherd en sus anhelos de comprender a otros pueblos y de asimilarse otros modos de sentir.

Le renuevo la expresión de mi agradecimiento, por la acogida que se ha dignado dar a las ideas consignadas en mi carta anterior, y soy de usted muy atento, s. s. y amigo,

B. SANÍN CANO.

(El Sol, Madrid).

El Estado español, el porvenir de América y la universalidad del idioma castellano

POR R. BLANCO FOMBONA

(Véase los números 20-21 del tomo en curso).

No. El mundo no aprende chino, aunque bastante le convendría saberlo. Mucha gente, en cambio, cultiva el idioma español, y parece disponerse a cultivarlo en mayor escala. El averiguar por qué se pospone el chino al español nos arrastraría al otro extremo del mundo y de nuestro razonamiento. Declinemos, como el Sol, hacia Occidente.

Aunque el interés material—palanca de Arquímedes para infinitas dificultades—es el que está obrando el milagro de dar alas a este idioma español que durante siglos se arrastró terrero y lento, nuevas y más nobles curiosidades empieza también a despertar, por sí, la antigua lengua de Castilla, la lengua del *Fuero Juzgo* y de las *Leyes de Indias*, del Romancero de oro y de la novela picaresca; la máscula lengua de Mariana, la lengua conceptuosa de Calderón, Quevedo, Gracián, Góngora; la lengua repujada de Rioja y Luis de León; la lengua generosa de Garcilaso y de Granada; la lengua en que Quintana habló de la libertad, Pi y Margall de las nacionalidades y Castelar de la democracia.

Se siente hacia nosotros un desperezo de brazos y un refluir de miradas. Se adivinan curiosidades. Se descubren espíritus sedientos de abrevarse en nuestras fuentes literarias.

¿No será llegado el momento de dirigir esas curiosidades que tantean?

Lo primero para una lengua es producir obras maestras, que espíritus selectos se derramen en ella y manos de artistas la repujen y afiligranen; pero abrir vías a la comprensión de esas obras maestras y a la admiración de esos grandes pensadores y de esos delicados orfebres es obra útil, aunque modesta, y toca a todos, es decir, al Estado, que a todos representa, realizarla. Hoy, con respecto al castellano, culmina lo oportuno de la empresa. Y no sólo en España y para España. Por eso se preconiza el asocio, si se logra, de todos los pueblos que tienen por suya esta lengua, que con orgullo y con razón se llama lengua de Cervantes, al par de lengua de España, porque en ella se produjo ese hombre tan maravilloso, que él solo vale por toda una literatura, y con cuyo nombre puede substituirse el nombre de un país.

¿Que por qué interesa también a los americanos la divulgación inteligente del castellano? Puede darse, entre muchas, esta razón: una parte, aun mínima, de la Humanidad, advertimos que empieza a abrir los ojos, llenos de graves interrogaciones, para conocer el mensaje espiritual que trae a los hombres la nueva raza que aparece en el Nuevo Mundo, fecundado por el viejo genio latino. Sólo en España no se descubre, hasta ahora, semejante curiosidad. La razón no es que España nos conozca mejor, sino que la curiosidad intelectual y la agudeza psicológica no son españolas.

Y así la curiosidad por nuestra lengua, y por el espíritu al que sirve de vehículo, empieza, aunque muy poco a poco, a pasar del atareado escritorio de los mercaderes al tranquilo gabinete de los pensadores, de los artistas de la pluma: es decir, del hombre desinteresado que busca sólo ideas o nuevas emociones estéticas.

En casi todos los pueblos de Europa empiezan a aparecer hombres que nos miran en los ojos a los americanos, y no sólo en el bolsillo.

En Suiza puede citarse a Frederic Raisin; en Suecia, a Göran Björkman; en Dinamarca, a Carlos Bratli.

En Alemania, entre los que nos leen, nos traducen, nos comentan a los escritores de América, cuéntanse Víctor Björkman, María Björkman, Jos. Froberger. En Inglaterra—sin mencionar al grupo del *South America Suplement*, del *Times*—, indíquense estos nombres: Cuninghame Graham, Lorain Petre, F. A. Kirkpatrick. En Italia tenemos un grupo selecto: Mario Puccini, Ezio Levi, Fosco Testena, Gilberto Beccari, F. M. Gelormini, Ett. Zuani, otros.

En Francia, la lista crece: Marius André, Jules Mancini, Francis de Miomandre, Max Daireaux, Charles Barthez, George Pillement, Maurice Escoffier, Jean Casou, Phileas Lebesgue, J. F. Juge, Mauvel Gabisto, F. Vezinet, Jean Pérés, Renée Lafont, Berthe Delaunay, Jules Humbert, A. Songéon, Henri Lorin y todo el grupo que los señores Martinenche y Charles Lesca han reunido en torno de la *Revue de l' Amérique Latine*.

En los Estados Unidos los contaríamos por centenas, porque este país de Calibanes no carece de idealistas. No debemos confundir, aunque se confunden, a los que están al servicio del imperialismo—o de una ambición nacionalista—con los que sirven las ideas. No es posible citar sino a unos pocos; y primero, al primero: Isaac Goldberg, escritor lleno de enjundia, crítico que sabe ver y hacer ver. Vendría después Cecilia Gillmore, el entusiasmo zahorí; Byrne Lockey, un pensador; Coester, que ha historiado nuestra literatura; Stevenson, que ha esculpido en prosa duradera a los héroes máximos de nuestra emancipación. Y podría mencionarse a Peter H. Goldsmith, W. R. Shepherd, Samuel G. Inman, etcétera.

Los que se ocupan en los escritores de España son algunos de esos mismos—y otros, aunque no con toda la extensión que varios de los escritores vivos de España merecen—. Estamos lejos, por ventura, de aquellos tiempos en que se contaban con los dedos los hispanistas de todo el mundo y sobraban dedos.

Siluetas de la noche

(A mi buen maestro y ameno escritor don José Figuer del Valle)

Media Noche:

La Vía Láctea, que semeja
el dedo índice del Tiempo,
con el labio de los Cielos, en el éter, forma Cruz.
Se dijera que demanda
de los mundos el silencio
y la calma de la noche para el sueño, en el azul.

Las Estrellas:

Las luciérnagas eternas
que pululan las cavernas
do a dormir se van las Ninfas de la selva del dios Sol,
van pasando titilantes
entre nubes, rutilantes
con los rayos que Selenia da al Alcázar del Señor.

....

Se oyen rítmicas, pausadas,
doce lentas campanadas
cual quejidos que se alejan, y en la calma nocturnal,
de los antros tenebrosos
van saliendo, silenciosos
y muy llenos de misterio los espíritus del Mal.
Allá largo, en la Barriada,
tras la sombra desgreñada
de los muros ya ruinosos de vetusto caserón,
se oyen lúgubres aullidos,
y enigmáticos ladridos
de los perros que en las noches ven heraldos de terror.
Pasa rauda una lechuza, que en sonora carcajada
pareciera que se mofa del silencio sideral
mientras vibran inquietantes
en los sauces crepitantes
las estrofas que un mochuelo da con tono funeral.

....

Por el viejo embaldosado se oyen pasos sigilosos,
y a la luz de las estrellas,
de unas faldas a las huellas
se divisa la silueta de un «Don Juan».
Entre tanto, allá en las torres, los badajos perezosos
enderezan las cabezas, nueva hora al anunciar,
para caer de nuevo, entonces,
en la panza de los bronces
que se asoman por la ojiva de la vieja Catedral.

Tito Livio Solera.

Alajuela, C. R., enero 20 de 1923.

Había uno en Inglaterra, uno o dos en Italia, uno o dos en Francia. El más notable era el inglés Mr. James Fitzmaurice-Kelly, que siquiera se ocupaba, aunque de modo somero, en los escritores contemporáneos. Los demás eran comentaristas de escritores pretéritos, de autores del siglo XVII, como aquel Morel Fatio, a quien he oído años atrás, en el Colegio de Francia, rastreros comentarios sobre el aquilino Quevedo. Esos extranjeros consideraban el español como una lengua muerta, y la literatura española, como una cosa fósil, de arqueología.

Todo esto ha pasado a la Historia por fortuna.

* *

Una hora decisiva ha sonado para nuestro idioma. Hoy es, o va llegando a ser, una de las dos grandes lenguas comerciales del mundo. ¿Es bastante? No.

Ello puede satisfacer la vanidad modesta de patrioteros de corrillo, declamadores y limitados; no la esperanza, fundada en la razón, de hombres que miran claro y lejos.

El espíritu de España ha ennoblecido y ennoblece este idioma clásico en que se escribieron *Don Quijote de la Mancha*, las cartas de Hernán Cortés y el teatro del setecientos; pero la fortuna y el porvenir del idioma español se vincularán, de hoy más, al porvenir y a la fortuna de América. En este sentido: el idioma español perderá en el mundo el puesto que va conquistando, en la medida que las repúblicas de América pierdan en importancia política y económica, o sean absorbidas por vigorosos estados extranjeros; se estancará si la evolución de América se estanca; crecerá si América crece.

Conocerlo ya es bastante. La política española tiene delante de sí ese horizonte nuevo. Y como el progreso es obra, en mucha parte, de previsión e inteligencia, vigorícense por la unión los pueblos y avigorice por la difusión el lenguaje.

Difundirlo, difundir el castellano en en el mundo, cueste lo que cueste, por medio de institutos y personas competentes: esa debiera ser ahora empresa constante del Estado español, ya solo, ya en asocio de los estados de la América de habla hispana. Porque nuestra magnífica lengua, llegado a este recodo de su historia, puede aminorar su influencia en el mundo; pero puede llegar a ser, no sólo una de las dos grandes lenguas comerciales, sino una lengua diplomática universal, uno de los primeros vehículos de la civilización, uno de los mayores agentes del pensamiento humano.

Chateau de Catillon, noviembre.

(*La Voz* Madrid, 4 de diciembre de 1922)

Nuestros ricos y nuestros gatos

Por ALBERTO MASFERRER

1

HACE justamente seis años, que leí, por primera vez—me figuré que sería la última—impresa en un diario, y firmada por alguien que nada tenía de rico, esa breve y extrañísima frase: *nuestros ricos*.

El firmante era nada menos que mi amigo Juan Ramón Uriarte, que, en aquel tiempo, en cuanto a poseer no poseía más que el Juan, el Ramón y el Uriarte; simbolizado todo ello bajo el bonito y significativo pseudónimo de *Urialba*, alba de oro, o sea la iniciación de la aurora. En verdad, no era mucho poseer en el género de bienes raíces, y si no hubiera existido yo, mi amigo pudiera con justicia alardear en aquel entonces, de ser el más modesto de los propietarios.

La impresión de extrañeza que me hizo aquella frase, *nuestros ricos*, fué tanta, que recuerdo la fecha de su lectura. Años han corrido, y muchos sucesos impresionantes acaecieron desde aquel día, sin que yo dejara de cavilar sobre el sentido incomprensible de aquellas palabras. Decía yo, buceando en su oculta significación y en los móviles recónditos que le dieron origen: ¿qué demonios quiere decir, en boca de quien nada posee, ese adjetivo *nuestros*, aplicado a quienes son los únicos que verdaderamente poseen? ¡Qué ambición de ser propietario, qué afán violento de tener algo agitaba al autor, para que se haya imaginado ser dueño de los *dueños*, poseer *lo imposeíble*, apropiarse de lo *inapropiable*!

Pues, en verdad, nunca se dió uso más atrevido al adjetivo *nuestro*, ni menos conforme a la gramática, a la historia y al buen sentido. Se dice, por ejemplo, en milicia, *mi* sargento, *mi* teniente, *mi* capitán, designando con estos *mis*, a los superiores que, por orden gerárquico, y a hurtadillas de la Ordenanza, suelen adjudicarnos a nosotros, sus queridos subalternos, algunos cintarazos, algunos puntapiés, algunos moquetes y algunas palabras *enérgicas*, (por ejemplo, *bruto con j*.) Pero aunque las relaciones con mi sargento, mi teniente y mi capitán, no sean excesivamente corteses ni gratas de ordinario, puede ocurrir, y ocurre en efecto, que tales relaciones asuman un carácter de profunda cordialidad y solidaridad. En una batalla, por ejemplo, mi sargento me salvará la vida; mi teniente compartirá conmigo, en caso de sitio, su único *totopoxte*, y mi capitán, si me ve herido, bajará de su caballo para que yo camine sin mayor fatiga, mientras él seguirá penosamente a pie. Y entonces, ¡qué gratos y justificados y ciertos resultan aquellos *mis* de la milicia!

Pero ¡nuestros ricos! ¿No se imagina uno que está oyendo hablar a un hoyo, el cual dice, pensando en el montón de tierra que le han extraído, «mi montón? Porque tal es, exactamente, la relación de rico a pobre: cuanto más grande el hoyo, más grande el montón; cuanto más rico el rico, más pobre el pobre. Pues entonces, cuando el pobre y el hoyo dicen *nuestro* al rico y al montón, están diciendo, justamente, algo que es falso de toda falsedad; algo que es todo lo contrario de lo que significa el adjetivo de posesión; algo que no sólo no denota posesión, sino que implica la imposibilidad de toda posesión.

Hay otra acepción del adjetivo *nuestro*, aun más atrevida, y más estrambótica que esa que suele tener en la milicia; y es, una que usan a cada instante los enfermos, y de la cual hago yo un uso *inmoderado*, a mi entender; (*insuficiente* en concepto de *mi* médico y de *mi* farmacéutico): cuando yo digo *mi* reumatismo, *mi* polineuritis, *mi* ankilosis, debiera decir, para hablar con verdad, *el reumatismo de ellos*, que lo disfrutan: *su* ankilosis, *su* polineuritis. Y si les antepongo a esas propiedades el adjetivo *nuestro*, debiera entenderse que son mías y suyas: mías, porque yo las sufro y las pago; de ellos, porque ellos las estudian y las cobran. Por lo que hace a mí resultan esos *bienes raíces (bien enraizados* han de hallarse, cuando entre tantos no me los pueden arrancar) la más curiosa e insólita forma de la posesión; unas fincas que exigen beneficio incesante, y que jamás rinden cosecha.

Pero, aun en tal caso, algo hay en esos haberes que puede darme la ilusión de que efectivamente son míos; al menos por una influencia cierta que de vez en cuando puedo yo ejercer sobre su atenuación o crecimiento. Mediante la dieta y la paciencia, *yo puedo* suavizar un tanto su agudez; mediante la intemperancia y la impaciencia, *yo puedo* acrecentar sus efectos.

¡Pero, señor! ¿qué podemos nosotros *los hoyos* sobre nuestros excavadores? ¿cómo y cuándo pudimos nosotros los pobres influir sobre *nuestros ricos*?

Nó; el que tal frase escribió prime-

ramente, atravesaba una hora trágica, o había caído en las garras de la Quimera, o había fumado mariguana. (En aquel tiempo mi amigo Uriarte era maestro; lo cual muy bien pudiera descifrar el enigma).

Recuerdo muy bien que se trataba en el artículo de Urialba, de aconsejar a *nuestros ricos*, invertir su dinero de ellos—de ellos únicamente—en no sé qué negocio que les reportaría una utilidad moderada; *moderada*, no más, pero que, *en cambio*, beneficiaría a la Nación (léase a los pobres) o al público, con no sé cuáles ventajas indiscutibles. Nuestros ricos empezaron, los más, por no leer los consejos de Urialba, los menos, al leer aquello de ganancia *moderada*, se rieron con lástima o se enojaron con indignación; y todos, *en cambio*, subieron los intereses del dinero en un moderado tanto por ciento.

¿Se imagina el lector si mi amigo Urialba tenía entonces ¡oh inocencia! ni la sospecha del concepto de lo que es un rico?

Un rico es, y fué desde que la especie hizo su aparición en el planeta, un hombre que *piensa* en *su* negocio, y que *hace su* negocio. Desde el momento en que piensa y hace el negocio de otro en vez del propio, comienza a no ser rico, y en la medida en que su pensamiento y su acción se consagran al negocio ajeno, en esa medida se empobrecerá. Así que, aconsejarle al rico la moderación y que se ocupe en el negocio del pobre, es, exactamente, como decirle al gato que se ocupe en el negocio del ratón. No, diría el gato, porque el negocio del ratón es que yo no me lo coma, mientras que *mi* negocio es comérmelo; haga cada uno *su* negocio: él escondiéndose y evitándome, y yo persiguiéndole y devorándole.

Y ahora caigo, sólo en este momento se me ocurre, que lo que yo buscaba, entonces, la significación de aquella frase insólita de *nuestros ricos*, es absolutamente la misma de esta otra, dicha por los ratones, si los ratones fueran capaces de proferir tamaña insensatez: *¡nuestros gatos!* ¿Aquilatan ustedes la ironía profunda, la paradoja irresoluble, la mentira inmensa de esta frase, en boca de un ratón?... ¡Nuestros gatos!...

En cambio, qué verdadera, qué sencilla, clara y comprensiva si la dijera un gato, invirtiendo el término de la oración: *nuestros ratones*. Eso sí que resulta. Es tan claro y exacto y comprensivo como si el comerciante dijera mis clientes (clientes es la palabra con que se designa en el comercio al ratón); como si el gobernante dijera mis conciudadanos; como si el cura dijese mis feligreses. Mucho más real y claro que todo eso, pues aquella frase es el resumen de todas las realidades. Yo, al menos, cuando quiero imaginarme el hoy y el ayer, la civilización y el derecho, la riqueza y la ley, la guerra y la paz, el progreso y la política, cuando quiero penetrar íntimamente en el alma de la vida social, en toda su brutal y dolorosa pero esencial verdad, pienso en un gato que,—desde un rincón de la estancia, donde puede ver sin ser visto,—y hallándose en ese momento entregado a las dulzuras de la digestión, se divierte viendo corretear en el extremo opuesto el tropel de ratones, inocentes de aquella terrible vigilancia.

¡Qué mueca de ironía, qué sonrisa tan colmada de escarnio se vería en el semblante grave y honorable del gato, si en aquel instante en que él deja tranquilos a *sus* ratones, una de estas criaturas ingenuas dijera: *nuestro gato debería*, etc., etc. ¡Nuestro gato!...

(*El Día*. San Salvador).

La noche de Walpurgis

(Leyendo a Goethe).

Al través de los valles, entre rocas [enormes,
entre corrientes limpias de espuma [blanquecina,
Fausto, el protagonista del gran libro de [Goethe,
guiado por Mefistófeles, asombrado camina.

Fausto admira la vida de la Naturaleza:
ve circular la savia de pinos y abedules,
mientras que el diablo mira el disco de la [luna
que recorre en silencio las órbitas azules.

El fuego fatuo avanza delante, [humildemente,
al diablo se somete sin replicarle nada,
y cual un perro dócil delante de su amo
camina a la montaña luciente y hechizada.

Las montañas de Harz en esta noche fría
son cual un cofre mágico guardador de un [secreto,
retuércense en el suelo las raíces de los [árboles,
y dan vueltas las rocas y los bosques [inquietos.

La luz boreal alumbra los flancos del [abismo,
la montaña aparece como un enorme tajo,
llueven chispas que dejan el suelo lleno de [oro
y la muralla pétrea «se incendia de alto [abajo».

Y Fausto, estupefacto contempla todo [aquello
sintiendo que es aquella muy diferente vida:
una nube hace oscura la noche en la [montaña
y se oyen cantos mágicos y estruendos de [caída.

Voces que se levantan y voces que [descienden,
el cielo se oscurece, parece que se enoja,
y los brujos que vuelan van dejando un [reguero
de chispas relucientes, calcinantes y rojas.

Fausto cree muy prudente la ascensión [hasta el Brocken
durante aquella noche de Walpurgis, tan [fría,
y el demonio lo lleva por entre muchas [zarzas
donde se ven hogueras y alegre compañía.

Miran viejas y viejos huesudos y tristones;
bailan con unas mozas robustas y lozanas,
y la hermosa que baila con Fausto le [murmura:
«Desde el Paraíso al hombre le gustan las [manzanas».

De pronto el diablo y Fausto se retiran, [pues Fausto
ve lejos una niña de portes soberanos:
para Fausto es la amada reposando en sus [brazos,
para el lector el libro de Goethe entre las [manos.

Marco Tulio Salazar.

Berlín, 16.—XI.—922.



Rabindranath Tagore en Alemania

POR FRANCISCO GARCIA CALDERON

RABINDRANATH Tagore—o Zakkur, como escriben más allá del Rin rechazando la ortografía impuesta al apellido exótico por escritores ingleses—ha visitado las ciudades de Alemania, y conversado con sus filósofos y sus poetas. A través de Europa examina el profeta viandante el contraste de dos civilizaciones: la oposición de Oriente y Occidente.

Tal vez le interesa hoy más el germanismo vencido, el Imperio desorbitado por Francia, a la cual corresponden, después de largo dolor, los terrestres privilegios de la gloria y de la fuerza. Prolonga su estada entre los tedescos. Llega de maravillosas tierras de renunciamiento y otea, en el Reich tembloroso, los primeros signos de la renovación espiritual, el abandono de inútiles quimeras.

Dije alguna vez a los lectores de este diario de las conversaciones del poeta hindú con el primero entre los filósofos franceses. Corrigiendo sombríos vaticinios de aquél, me explicó el señor Bergson cómo, sin las toscas manos de Calibán, sin el capital inglés, activo y eficiente, no habría conquistado la India ese orden frágil, paz de religiones y de castas, que permite a nobles agoreros poner, en libres disertaciones, los argumentos de un oportuno nacionalismo. En suma, es útil la civilización material si no renuncia el espíritu a su supremacía, si no abandona Ariel el estrecho mundo sublunar. Conciliando los dos continentes sus aspiraciones y sus esperanzas, se maridarán la contemplación y la acción, la gracia y la fuerza y se espiritualizará la vida cotidiana avecinándose a Dios.

Tagore espera sin duda vencer esta actitud de desconfianza y de crítica. No admira sin reservas a Europa, prefiere el Oriente dulce y silencioso a los grandes pueblos blancos que buscan, como decía un personaje de Kippling, la dicha en la inquietud. No desconoce seguramente el valor de la civilización occidental, el poder de máquinas precisas, la influencia del oro trashumante. Pero, precisamente de este concurso de preeminencias en el orden material deriva el Viejo mundo una culpa cardinal, el orgullo, al cual somete sus pensamientos y sus hábitos. En provecho de la organización que es mecánica, que no persigue fin moral alguno, sacrifica el hombre su alma. Por dinero cambiaría los bienes más altos, la vida y la belleza. Siquiera en la India, dice el poeta bengalí, los instintos sociales, la intacta capacidad de sacrificios, ponen restricciones a los apetitos. En Occidente, la industria acumula indefinidamente riquezas perecederas. Sonreiría el europeo si se le hablara de ascetismo y de éxtasis. Nada quiere aprender de la secular sabiduría de Oriente y, entretanto, prepara guerras asoladoras en que va a hundirse su propio esfuerzo. Ante tales naciones altivas, pero caedizas, parece exclamar el profeta, como Juvenal en los tiempos de la decadencia romana: «Funesta pecunia». El oro ha vencido al espíritu.



RABINDRANATH TAGORE.
(Dibujo de A. GARDUNO).

En Asia y acaso en Europa, poseerán los hombres venideros, lo afirma Tagore, la «visión de la unidad espiritual» y «el poder moral del amor». Civilización de cooperación y no de explotación pide él para el Indostán. El poder, la producción, el comercio, la riqueza, a esos fines secundarios consagra su actividad el occidental con «violentos movimientos y ruido agresivo y discordante». Antes de concederle la inmortalidad, Indra, amo entre los dioses de la India, le ha sometido a la tentación de la riqueza y no ha resistido a ella el varón fuerte. La gracia, la paz, la verdadera libertad del espíritu perecen en ese mundo turbio y tenaz. Nada puede esperarse de su existencia anormal, de la codicia de impuros capitanes, de la pasividad de multitudes explotadas.

El conde Keyserling, fundador de la Escuela de la Sabiduría [1], le recibió en Darmstadt, como a señor y guía de espíritus. En Oriente escuchó a los grandes maestros que saben desgarrar el velo multicolor de las cosas. ¿Cuál sería el mensaje del yoguí poeta? De su paso por la escuela queda una linda leyenda. Debemos esta simbólica interpretación a Erwin Rouselle. Una vez, refiere, los treinta y tres grandes dioses observaron que imperaban en el mundo el odio y el deseo y decidieron que nacería en él un Sabio, un excelso Varón. El llevaría a todas las gentes reflejos de la más alta Luz. Creció cantando Tagore, el niño sabio, y se transformó la tierra india, loca de un puro amor. Más tarde un Chatria que vivía en Darmanagara invitó al vidente que otoñaba y le llevó a su escuela. Turbas anhelantes le rodearon. Keyserling es el Chatria y Darmanagara la capital de la nueva sabiduría alemana. Los niños ofrecieron a Rabindra rosas en flor y les dijo el sabio: amo las flores y amo a los niños que son la más pura expresión de Dios. Lentamente llegaba al Occidente endurecido, en estas oraciones, la antigua ciencia de amor. Tagore ennoblecía a su auditorio y dulcemente le llevaba a la esfera de lo divino. Entre vosotros, declaró, existen grandes reinos sin alma que sólo conocen la fuerza y el poder. Dad, jóvenes, nuevo sentido a vuestras vidas. La palabra santa que se dilataba por el parque rumoroso era una bendición. Luego les dijo del beneficio de un gran dolor, de la unidad espiritual necesaria a los pueblos turbados. Partió, y quedó sobre la tierra «la huella persistente de una suave luz» y se admiraron los hombres de que pudiera existir tal perfección sobre la faz del mundo.

Otro filósofo, el profesor Paul Natorp, que se altivó en años de guerra y que predica hoy la excelencia de la concordia y de la vida interior, escuchó también al ilustre viajero. Incomparables e inolvidables fueron, escribe, las horas que pasó junto al sabio, en estrecha comunión con él. Cerca de Darmstadt conversó el vidente con los niños, le rodearon, en muchedumbre, obreros absortos. Desde una colina enseñó verdades simples, conmovió a la turba con las razones del corazón. Cantando respondían a su mensaje los oyentes en himno de sonora gratitud. Y es que, refiere el docto observador, Tagore descubre lo que hay de profundo, la obscura simiente divina en cada hombre y avizora a los espíritus que se despojan luego de mediocres

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

(1) Véase en este tomo el artículo de la página 34.

hábitos y se libertan de preocupaciones inferiores. Trae para las gentes de Europa admoniciones, sugiere más bien que traba lecciones y nunca dogmatiza. No aspira conquistar a viejas naciones o a privarlas de su ser fundamental. Unidos los pueblos activos y los pueblos sabios, desarrollando todos sus propias fuerzas, vencerán el excesivo imperio de intereses materiales. Tal es la esperanza del amable mensajero.

Tagore ha nacido en una alta familia de la casta bramánica, entre artistas y místicos. Há crecido en Calcuta. Habla la lengua bengalí. Ha fundado una Academia destinada a restaurar la literatura de su patria, una Universidad para que de ella se derrame sobre el pueblo aletargado la nueva esperanza, la escuela de Chantiniketán que extiende su influencia a millones de bengalís. En su vida clara se juntan la acción y la meditación. Se recoge en las primeras horas del día y eleva a Brahma una larga plegaria silenciosa.

Como otros selectos muchachos de su raza, se educó en Inglaterra. Leyó a Shakespeare, a Byron, levantó en su corazón altares a los poetas de la pasión exasperada. En medio de apremiosas tareas, pensaba en la tierra ancestral, lejana y sumisa, y se preparaba para su futura misión. No será reformador ni allegará fuerzas políticas. Vate y profeta, cantando, orando, escribiendo, anunciará el próximo reino del Espíritu. Quien sabe si obligado a intervenir en la vida activa, se inclinaría, como su ilustre compatriota Gandhi, a no resistir, a vencer con reticente paciencia, al ocupante, a alejar lentamente al sajón que celebra «carnavales de materialismo» e inficiona, como los europeos, las remotas tierras sagradas del Asia.

La India que él ama, sabia y lenta, defiende valores supremos, la unidad, el desinterés, el amor. No por cierto en soñolienta quietud o religioso marasmo como afirman quienes atribuyen al Nirvana un sentido singular. El Nirvana—o Nivana, según el texto palí—se conquista venciendo al ávido deseo, libertando al alma de la esclavitud del presente inmediato. En este esfuerzo, la individualidad se afirma y se enriquece. No agotan sus virtualidades la práctica y la ciencia, la voluntad y el entendimiento. Quedan en el alma profunda las fuentes de la creación, del entusiasmo, de la poesía que son libres dones de Dios.

A los europeos enseña el profeta que más allá de las apariencias está la unidad, el reposo del ser absoluto: Sádana—el camino de perfección—nos lleva a unirnos con Brahma, a abandonar el tiempo por la eternidad. El Occidente, a pesar de los místicos, no cree en esa unión con el Infinito. Ser perfectos como el padre, decía Cristo, pero nadie se transmuta y diviniza. La tierra satisface la limitada ambición de hombres inferiores.

No así en la India contemplativa, tal como se presenta en bellísimas páginas de Tagore. El sabio remoza la vieja enseñanza de los Upanishads y la ajusta con la buena nueva de Cristo y con la moral de Buda. Ha vivido en «el palacio de las formas infinitas»; ha tejido, como todos los seres, el suntuoso velo de Maya porque en el juego de las apariencias se complace Dios. «Dentro de mi espíritu, canta en el Gitanjali, tu universo se manifiesta en palabras a que tu gozo comunica la melodía». Me has tomado, dice a Brahma, como asociado de tu opulencia. Con todo, ningún frágil encanto le detiene en la tierra. Ha soportado «los gozos y las angustias de la vida» pensando en la muerte. A Dios eleva «ojos de deseo». Quisiera vaciar su vida vana en «el océano sin formas», en la celeste plenitud.

Entre los hombres, insiste, la perfección es posible si rompemos las cadenas del deseo, si sentimos que somos partes del Universo, notas de la inmensa sinfonía. El amor, el sacrificio, afirman y completan nuestra vida. Separando el yo estrecho del ser profundo extendemos nuestro horizonte moral.

En Francia escuchan al misionero; le traducen en Alemania; leen sus libros fervorosamente en Inglaterra. Tagore ha vuelto a la tierra bengalí llevando de Europa experiencias y esperanzas. A su belleza física—barba majestuosa, ojos perdidos en un sueño divino, voz grave y lenta majestad natural de la actitud—atribuyen sus admiradores una singular acción sobre las multitudes. Su predicación enhiesta a los pueblos, los redime, transitoriamente quizás, de ambiciones secundarias. Es un venerable «mahatma», hombre de «alma grande» en un mundo ubérrimo donde pululan leyendas y misterios. Al Indostán de las infinitas transmigraciones ha llegado misteriosamente el alma de un semidiós.

(*La Nación*. Buenos Aires).

En breve editaremos una traducción castellana de EL JARDINERO DE AMOR, del Tagore. Nos la ha remitido nuestro muy amado Ventura García Calderón, que la ha revisado y la prologa.

En las ediciones de «El Convivio».

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

El mal más grave

POR MIGUEL DE UNAMUNO

AL BUEN AMIGO «AZORIN»

SE acuerda usted, mi querido amigo, dónde y cuándo nos vimos y hablamos la última vez? Fué en el Paseo de la Castellana, de esa villa y corte, yendo yo a casa del conde de Romanones. Por cierto que usted quiso acompañarme allá y le dí a entender que la cita era de reserva. Iba a concertar la forma de acudir a la llamada a Palacio. Y sé que de esta tan precipitadamente comentada visita dijo usted que era una de mis paradojas.

¿Paradoja? Dado el valor originario que a este término le damos los que sabemos griego, puede ser. Y paradoja en que, dándose las mismas circunstancias—lo que ya no es fácil—, volvería a incurrir. Aunque sólo fuese para oir que hay que exigir por el desastre todas las responsabilidades y a todos, incluso al que lo decía, y poder repetirlo al público.

Aquello fué una paradoja, pero no sé si calificar así el que usted, amigo mío, exalte de vez en cuando a Cierva. Eso lo debe usted dejar para el *A B C*, órgano de la aviesa ramplonería conservadora. ¡Ah! ¿Que usted escribe en él? No le he de hacer por ello ningún reproche si en el terreno que allí le acotan le dejan libertad. Nunca se me ha de ocurrir decir lo que de usted, cuando escribió en ese mismo *A B C* unos artículos en elogio de los Estados Unidos de la América del Norte dijo un altísimo personaje y fué: «¿Cuánto le darán a *Azorín* los norteamericanos por estos artículos?» Sin duda ese personaje—no persona—no está hecho a que le defiendan sino por salario y cree que todos somos alabarderos. ¡Pobre señor! ¡No, no le haré un reproche porque se haya refugiado en un coto del órgano de la aviesa ramplonería conservadora, pero eso de la Cierva!...

Recuerde lo que Valle Inclán le dijo al salir de una visita a ese sujeto, a que usted le llevó. «A lo sumo una mula del Renacimiento». ¡Y ni eso! Usted pertenece, y hasta creo que preside la asociación P. E. N creada por nuestro admirable Ramón. Y estará conforme conmigo en que uno de los primeros cuidados de esa asociación debe ser el oponerse a la inundación de la ramplonería, de la dementalidad, de la memez, de la degeneración intelectual. Y ese cómico Sansón agonista —no el que cantó Milton ¡claro!—está ramplonizando y amajaderando a España, está siendo el núcleo de concentración de los majaderos.

Nuestro buen amigo Grandmontagne tenía hace unos años la manía—que no sé si la sigue—de ver aquí, en España, cucos en dondequiera y de denunciar la cuquería. Yo no acierto a verlos. Debajo de los más que por cucos o hábiles pasan veo un memo o un majadero. La cuquería es un disfraz de la mentecatez. Se me está desarrollando aquella terrible facultad de que habla nuestro tan admirado Flaubert, creo que en su «Bouvard y Pécuchet», tristísimo libro que usted ha estudiado tanto.

¿No cree usted, mi buen amigo, que debemos formar una falange contra los avances y ataques de la tontería sobreexcitada, de la ramplonería agresiva, de la brutalidad mental? Cuyo lema podría muy bien ser aquella sentencia de su Cierva: «De aquí a cien años todos calvos».

¡Ay amigo *Azorín*, qué pena me da verle encadenado a sus desilusiones! Porque no puedo creer que sienta usted ya ninguna ilusión por sus ídolos de un tiempo ni menos por el mayor celestino del que se preguntaba cuánto le darían a usted los norteamericanos por aquellos artículos del *A B C*.

¿Que se retire usted de la política? No, eso no se lo aconsejaré yo nunca y menos a nombre de esa quisicosa

que llaman la aristocracia intelectual. No sé si el amigo Pepe Ortega Gasset se lo aconsejaría, recomendándole el primor de hacer estilo y educar así al pueblo hasta políticamente. Yo le aconsejaría más bien que se echase a la plaza, o echase a la plaza su pluma, a gritar y aun tronar—la pluma grita y truena—contra la ramplonería y la mentecatez y la brutalidad y la grosería intelectuales. Que así como se disfrazan de cuquería suelen disfrazarse también de aristocracia.

Ese pleito de la responsabilidad—más que de las responsabilidades—de la responsabilidad del irresponsable—¡otra paradoja!—me acongoja menos que esto de la terrible ramplonería. Ni la tiranía, ni la cobardía, ni el despotismo siquiera me sobrecogen tanto como esa densísima niebla de estupidez que los conservadores han hecho caer sobre España. El *svergognatamente triviali* que les aplicó Carducci me parece poco. La conservaduría española representa la más profunda degradación de la inteligencia. Y este es el peligro. Porque no hay tonto bueno, aunque se disfrace de listo. O San Luis Gonzaga no fué santo, o no fué como nos lo representan los jesuitas españoles.

No sabe usted bien, mi querido amigo, lo que esto va entenebreciendo estos años, acaso los últimos, de mi vida plenamente consciente. La estupidez ambiente que corroe a esta España de las Tras-Regencia me quita toda esperanza de ver salir el sol de la justicia. Para cohonestar el régimen de injusticia y arbitrariedad despóticas no oigo sofismas sutiles o ingeniosos; no oigo sino sandeces tradicionales. Frente a las paradojas no oigo sino majaderías. Y hay hasta el Sansón de ellas.

(*España*. Madrid).

Metros españoles

LA VERSIFICACION IRREGULAR EN LA POESIA CASTELLANA

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

(Madrid: *Revista de Filología Española*)

El genio español, lleno de carácter y de individualidad, no es mecánico. No es la atracción menor del arte español la nota individual, personal, que no falla nunca. Cada capitel de un claustro tendrá su peculiar dibujo, y aún los dos lados de una arcada estarán a menudo esculpidos de diverso modo. Del mismo modo, desdeñaba los metros fijos la grandeza ruda del *Cantar de Mio Cid* en el siglo XII. Tiene versos de once o de diez sílabas, ad libitum; las tentativas bien intencionadas de algunos críticos para reducirlo a la regularidad han sido frustradas definitivamente por el descubrimiento que hizo Menéndez Pidal, del trozo del *Roncesvalles* escrito en metros igualmente irregulares. La épica gradualmente llegó al metro de diez y seis sílabas, el cual, al partirse en dos, produjo los versos de ocho, aunque, en lo que concierne a los romances, la moda erudita de hoy es imprimirlos en líneas de diez y seis. El carácter *amétrico* de la poesía española no terminó sino en el siglo XIV; entonces se vuelve, durante tres siglos, *rítmica*, como la poesía inglesa, derivando este carácter probablemente, en parte, de la poesía de Portugal y Galicia, y ligándose estrechamente, en su nueva fase, con el canto y la danza. Esta relación con los ritmos de la danza y con los cantos del pueblo da perenne fascinación a la poesía de estos siglos.

La relación entre la poesía y la danza está llena de problemas interesantes. Su origen era evidentemente popular, y el ritmo de algunas labores rústicas, tales como las de desgranar el trigo con las manos, o espadar el lino, o hacer voltear un molino, se entraron en la poesía, mientras el pastor cantaba cantos primitivos saltando en el aire para calentarse (como en las comedias de Gil Vicente) y los peregrinos danzaban y cantaban ante los santuarios de su devoción. Aun muchos de los proverbios tienen un ritmo de baile. El autor hace notar que todavía hoy la tradición amétrica parece subsistir en algunos de los proverbios del pueblo, y podría haber notado el ritmo de *muiñeira* en otros. Dos ritmos populares de danza que pueden seguirse a través de siglos en la poesía española y en la portuguesa—tratarlos adecuadamente en cada caso requeriría volúmenes separados—son los cantares *paralelísticos* con estribillo llamados *cossantes*, parcialmente orientales en su carácter, con las repeticiones tan frecuentes en los Salmos y otros libros de la Biblia (de ellos hay ejemplos desde el siglo XII hasta el XIX), y la *muiñeira* de Galicia, de metro endecasílabo con el acento en las sílabas pri-

mera, cuarta, séptima y décima. Las mujeres de Galicia cantan *muiñeiras* en su trabajo. Este metro puede encontrarse en los antiguos cancioneros del siglo XIII; es el metro de los fragmentos de «cantos de flores» introducidos por Browning en su *Fra Lippo Lippi*, el metro de los ciuri (flores) sicilianos. El señor Henríquez Ureña da ejemplos de *muiñeiras* en Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina y otros escritores españoles.

Desde 1650 la poesía española culta pierde las manifestaciones de carácter *rítmico* y se vuelve, como la francesa, isosilábica; y esta fase dura hasta fines del siglo XIX. Entonces una nueva revolución aportó la ola de la versificación *rítmica* y de la *amétrica*. Tuvo su origen en la América española durante la última década del siglo XIX; y es ciertamente curioso que haya venido de países en que la influencia de la poesía popular es relativamente insignificante. Al genio de Rubén Darío debe la poesía española el haberse libertado de la rigidez de la forma. Como versificador, dice el autor, Darío es el equivalente español de Shelley o de Swinburne. Desde el comienzo del siglo XX el ejemplo de Darío y de otros poetas de América fué ardientemente seguido en España, y el resultado ha sido un excelente fruto poético, tanto *amétrico* como *rítmico*. El señor Henríquez Ureña hace bien, sin embargo, en terminar con una nota de admonición: los dos extremos en los cuales puede caer la versificación irregular son la prosa por un lado y el sonsonete de baile por el otro. No obstante, este nuevo desarrollo de la poesía española abre indudablemente maravillosas posibilidades.

Uno de los atractivos de este interesantísimo volumen es la riqueza de fragmentos de poesías y canciones con que está ilustrado. Formará ciertamente la base para ulteriores tratados y para estudios comparativos en los metros de otras literaturas. Debe felicitarse al autor por el cumplimiento hábil de una muy difícil tarea.

(Tomado del *Times* de Londres, sección literaria).

Hemos recibido

MEMORIAL
DE LA JUNTA DE EDUCACION
A LA SECRETARIA DE FOMENTO

San José, 28 de enero de 1923.

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Fomento,

S. D.

Señor Secretario:

Tenemos el honor de remitir a la Secretaría de su digno cargo, junto con la presente exposición, el plano con arreglo al cual se propone esta Junta construir un edificio escolar en el barrio de Aranjuez, jurisdicción municipal del distrito urbano que entre nosotros se llama vulgarmente Cantón del Carmen. Dicho plano, cuyo concepción pertenece al distinguido ingeniero don José Fabio Garnier, ha sido elaborado por dos modestos, pero competentes dibujantes, los señores Artavia y Zúñiga, que trabajan en las oficinas de la Dirección de Obras Públicas, dependientes de esa Secretaría. En cierto modo, pues, el plano es obra de ese departamento. Contiene el edificio, como lo verá usted, todas las aulas y dependencias correspondientes a una escuela en que han de establecerse los servicios propios de una institución de esta clase, para que corresponda ampliamente a las múltiples necesidades de una educación moderna.

Esto, en cuanto a lo pedagógico; en lo que respecta a la disposición material, el edificio estará dividido en secciones paralelas, todas unidas entre sí, cada una de ellas, independientemente, dotada de los servicios higiénicos necesarios. La división del edificio en secciones, o pabellones, todos unidos por un frente común, tiene la ventaja de que permitirá construir la escuela por partes, según las exigencias escolares y a medida que se vayan reuniendo los recursos para adelantar la obra y darle fin, sin apuros y sin precipitaciones. Esta forma de construcción se presta particularmente, además, para establecer allí una escuela mixta sin los inconvenientes que en otros locales la promiscuidad de sexos suele presentar. Está calculado que cada sección costará alrededor de treinta mil colones, y el día en que los dos primeros pabellones estén construidos, la escuela de Aranjuez puede ser abierta inmediatamente por la Secretaría de Educación Pública, dando albergue en ella a todos los niños del barrio y a muchos otros de los alrededores. Tiene la Junta el propósito de levantar un detalle entre los vecinos; pero esto no está resuelto aún, porque el detalle comprendería solamente el vecindario de Aranjuez, y en este caso su producto se destinaría entero a dicha obra, o abarcaría todo el extenso y rico vecindario del Carmen, entonces con el fin de proveer conjuntamente a la construcción de dos edificios más: uno para la Escuela Mixta Nº 2 y otro para la Escuela Superior de Niñas Nº 3, instaladas en edificios inadecuados y cuya devolución se nos pide. La Junta se ocupa seriamente en estudiar este asunto. Por el momento, sin embargo, debe concretar sus esfuerzos a la construcción del edificio destinado a la escuela de Aranjuez, y es por esto por lo que, de acuerdo con la Junta Progresista de ese barrio, somete ahora a la consideración de esa Secretaría el mencionado proyecto.

Cuenta la Junta para principiar los trabajos con los siguientes recursos: cuatro mil doscientos cincuenta colones donados a la Junta por el Lic. don Bernardo Soto, los cuales representan la mitad del valor en que el terreno le fué comprado; cinco mil colones donados por la Municipalidad de San José; cinco mil colones con que desde luego contribuye la Junta de Educación; y mil colones, más o menos, recolectados hasta ahora por la Junta Progresista. Todo ese dinero, que suma quince mil doscientos cincuenta colones, está, puede decirse, en caja. Hacen falta, sin embargo, para completar el costo de un pabellón, que es, como ya se dijo, de treinta mil colones, en números redondos, catorce mil setecientos cincuenta colones, suma que la Junta de Educación está dispuesta a aportar, también, tan pronto como el Gobierno le entregue el monto de la renta escolar por él colectada entre agosto de 1921 y agosto de 1922; esta suma alcanza aproximadamente a treinta mil colones. Un segundo pabellón, indispensable para instalar todos los servicios de la escuela, la Junta lo espera construir haciendo uso de su crédito, que garantizaría con las rentas necesarias del año siguiente. Esta combinación depende en gran parte del Gobierno; pero la Junta

confía en que éste hará cualquier sacrificio, inspirándose en un sincero deseo de ayudarle a la comunidad, para entregarle la suma en referencia, haciendo así posible la realización de un proyecto que en parte resolvería el problema de los locales escolares, tan apremiante en esta capital.

No ignoramos nosotros, señor Secretario, que el Gobierno de la República sufraga algunos de los gastos que a la Junta correspondería hacer; pero esos son servicios en cierto modo ya nacionalizados, tales como el alquiler de algunos locales, la reparación de edificios y otros de menor cuantía, de que el Gobierno se hace cargo ante la imposibilidad en que la Junta suele hallarse para atender a todas sus incumbencias con los recursos sumamente escasos de que dispone. Por esta razón, precisamente, la Secretaría de Fomento ha reconstruido por dos veces el Mauro Fernández. Estos actos de loable nacionalización no los lleva a cabo el Gobierno, por lo demás, tan sólo con la Junta de San José; también observa esa práctica generosa con otras Juntas y aun con otras corporaciones, como cuando, por ejemplo, sostiene en su necesario esplendor los parques de San José, obligación pública que, sin embargo, compete en un todo a la Municipalidad. Muy respetuosamente nos anticipamos a formular estas observaciones ante el temor de que, en medio de sus apuros, el Gobierno piense en cubrir con esas rentas, que él cobra, los desembolsos a que aquí nos referimos. Después de todo, en nada se desahogaría el tesoro público, casi exhausto, bien lo sabemos, con la incautación de esa pequeña suma, la cual, sin embargo, representaría para nosotros, no obstante su insignificancia, un auxilio de mucha entidad, ya que sin él no nos sería posible dar comienzo seguidamente a los trabajos de construcción.

El terreno en que la escuela ha de ubicarse está situado en el barrio de Aranjuez y mide un poco más de dos manzanas, capacidad no sólo suficiente para establecer allí con desahogo todo género de servicios escolares, sino también para crear prácticas de agricultura, de modo que, mediante esta importante enseñanza, la escuela venga a convertirse, sin demora, en una escuela-granja modelo. Este *desideratum* tiene que ser motivo del más vehemente interés para la Secretaría de Educación Pública, que desde un principio, estaría capacitada para hacer de ese centro el núcleo de una institución agrícola llamada a dar nuevas y provechosas orientaciones a la juventud.

De paso nos complacemos en informar a usted que esta Junta ha acordado dar a la futura escuela el nombre de México, disposición que cuenta con el beneplácito de la Junta Progresista y, sin duda alguna, de todos los vecinos por ella representados. Ofrecemos de esa suerte un testimonio de simpatía y gratitud a la viril y pujante república azteca, cuya longaminidad para con nosotros se ha particularizado en dones que poseen una intensiva virtualidad de cultura. Pensemos, además, que este justo homenaje ha de repercutir de modo satisfactorio en los móviles de que reciben aliento e impulso nuestras energías latentes, para buscar en la escuela el medio de resolver nuestros problemas sociales en armonía con los postulados de una idealidad avanzada. Efectivamente, dado el vigoroso movimiento de cultura que se hace sentir hoy en la tierra de Juárez, el nombre de México viene a ser un símbolo para la Escuela de Aranjuez,—un símbolo que en sus pocos caracteres dice toda la alta y suma ideología en que ella ha de inspirar sus trascendentales funciones docentes. Aun no hemos comunicado oficialmente esta decisión al Excelentísimo señor Ministro de México, porque pensamos que el momento oportuno para cumplir con ese acto de cortesía ha de ser ese, en que, contratada la construcción, todo esté pronto para colocar la primera piedra del edificio, en ceremonia que queremos revestir de solemnidad, para que sea digna ocasión de honrar a la gran república latinoamericana del Norte.

A fin de continuar activando la realización de este proyecto, en que tan legítimas esperanzas funda la Junta de Educación de San José, los miembros de esta Corporación contamos con que la Secretaría al digno cargo de Ud. ha de interesarse mucho porque la Dirección de Obras Públicas estudie y apruebe cuanto antes el plano que ahora sometemos a su consideración. Tenemos, efectivamente, el mayor interés en dar comienzo a la obra, tanto porque, una vez iniciada, se sentiría uno más y más obligado a no cejar en su empeño, como porque, al ver el proyecto en vías de ejecución, los vecinos, a su vez, se sentirían, igualmente, más animados y más dispuestos, por consiguiente, a prestarle a la Junta su valiosa e incansable cooperación.

Con muestras de respeto, cábenos la honra de suscribirnos muy atentos servidores de Ud.,

Justo A. Facio, Presidente.—Carlos Orozco Castro, Vicepresidente.—Ricardo Rodó, Vocal.—Oscar Valverde, Vocal.—Juan Arias R., Vocal.—Ricardo Fournier Q., Secretario.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, Costa Rica, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0.15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.